

Leyendas y cuentos populares



# Cuentos populares británicos

Kevin Crossley-Holland



Muchachas pobres, princesas, enanos, gigantes, espíritus..., todo tipo de seres, reales y fantásticos, pueblan el rico paisaje creado por Kevin Crossley-Holland para «Cuentos populares británicos».

Kevin Crossley-Holland, poeta, profesor universitario y folclorista; ganador de la Medalla Carnegie en 1985, ha investigado directamente en las fuentes de la tradición folklórica británica para recrear nuevas versiones de cuentos y mitos de la popularidad de Dick Whittington, «Jack y el tallo de las judías» o «Ricitos de oro y los tres osos», ofreciéndonos una visión fiel, pero al tiempo espontánea y llena de lirismo, de un universo tan fascinante y mágico como arraigado en la memoria de los pueblos.

## PRÓLOGO

*Una aldea en la verde Inglaterra. Una vieja y decrépita casa, pintada de rosa, que gime con el viento, pero consigue mantenerse más o menos derecha después de cuatrocientos años. Un escritor ante su mesa de trabajo, contemplando los trigales y pensando en España...*

*¡Me gustan los cuentos! Me gustan los cuentos que contamos sobre nuestras vidas y los que nuestros padres y abuelos cuentan sobre los días de su juventud; me gustan los relatos de viajes y las historias que hablan del lugar donde vivo. Es cierto que existen cuentos populares modernos –de hecho, conozco uno que se desarrolla en España sobre una abuelita montada en la baca de un coche– pero, casi todos los cuentos populares tienen varias generaciones de edad, cuando no centenares de años. Algunos de ellos son en parte ciertos (como sucede en este libro con las historias del Rey Inerte, Dick Whittington y El Buhonero de Swaffham) y otros, completamente imaginarios; algunos están asociados a un tiempo o a un lugar concretos, otros a ninguno; muchos están maravillosamente vivos y casi todos tienen algún significado secreto.*

*Éstas son las historias que vieron crecer a vuestros antepasados y a los míos; las escucharon cuando eran niños, las contaron al llegar a adultos, añadiendo algo aquí, quitando algo de allá... dándoles vida; historias que nadie se molestó en poner por escrito hasta que la costumbre de*

*contar cuentos comenzó a declinar, y éstos empezaron a olvidarse, hace no muchos años.*

*Una vez, alguien me dijo que Britania se parece a «una vieja casa colmada de recuerdos». ¡Y cuán cierto es! Dondequiera que voy, escucho historias, tradiciones, supersticiones. En todas partes, las voces del pasado susurran en mi oído. Solamente a cinco millas de donde vivo, en el siglo XII, los aldeanos descubrieron dos niños verdes. Tenían la piel verde, lenguas verdes, verdes ombligos y dedos verdes. El niño verde murió, pero su hermana aprendió a hablar en inglés y contó una historia sorprendente, que podéis conocer en este libro.*

*He llegado a la conclusión de que quizá esta historia contiene un importante mensaje para mí, y también para vosotros. ¿Imagináis cuál puede ser? ¿Será, simplemente, que en este mundo debemos aprender a aceptarnos y a respetarnos los unos a los otros, sin importar en qué país nacimos, cuál es el color de nuestra piel o cuáles son nuestras creencias? ¿Y dice la historia algo sobre qué es un bogar? ¿Nuestros padres? ¿Nuestros familiares y amigos? ¿El lugar donde vivimos y trabajamos? ¿Nuestra lengua? ¿Lo que creemos?*

*He elegido treinta y nueve de entre los más de diez mil cuentos populares británicos que existen; en ellos encontrareis, una sorprendente variedad de personajes: reyes y héroes, soñadores y locos, gigantes, habitantes del mar, bestias fabulosas (entre las que se incluye El Toro Negro de Noruega), fantasmas y todo tipo de seres mágicos.*

*Pero ¿acaso no conocías ya a alguno de estos personajes? ¿O a algún pariente, quizá? ¿No os resultan familiares algunas de las desesperadas situaciones en que a veces se encuentran, como aquélla en la que el pequeño Tom Pulgar es tragado por una vaca? Decimos que un cuento popular es británico, español, brasileño o chino, pero muchos de sus principales argumentos (los folcloristas los llamamos temas) son comunes a muchos países y culturas.*

*Espero que este libro llegue a convertirse en vuestro amigo; que os haga reír, llorar un poco también; que os divirtáis juntos. Tiene muchas historias que contaros, y si sabéis escuchar, puede que en ellas descubráis retazos de vuestra propia historia.*

KEVIN CROSSLEY-HOLLAND  
Walsham-le-Willows, Suffolk.

## El toro negro de Noruega

En otro tiempo (y fue hace muchos años) y en otro país (y el país era Noruega), había una pobre montañesa cuyo marido murió cuando sus tres hijas eran todavía muy pequeñas.

La mujer se hizo la firme promesa de que a sus hijas no les faltaría de nada. Trabajaba todo el día y la mitad de la noche. Los vestidos de las niñas eran sencillos y bonitos; su comida era buena, y la pequeña casa en la que siempre habían vivido estaba tan limpia como la lengua de un gato.

En verano, las muchachitas traían diariamente flores silvestres de las praderas; las colocaban entre las asas de cada taza y cada jarro del aparador; las entrelazaban en los collares de sus tres vacas y arreglaban un ramo en el centro de la mesa reluciente.

A medida que las muchachas crecían se daban cuenta del precio que su madre había tenido que pagar por tan duro trabajo: su juventud y su alegría. Se apenaron por ella, y empezaron a sentir la impaciencia propia de los pajarillos volantes.

—Bajaré al valle —dijo la mayor de las hijas, cuyo nombre era Betony—. ¿Quién sabe a quién encontraré?

La mujer horneó para su hija un pastel de cebada y un buen pedazo de jamón. Después, Betony dejó atrás las la-

deras de la montaña, atravesó un pinar y llegó hasta una casa: el hogar de la bruja y de su única hija.

–Quédate hoy aquí –dijo la bruja–. Ve y asómate por la puerta trasera. Verás lo que puedes ver.

–¡Nada! –dijo Betony–. Nada en el camino.

Tampoco el segundo día la hija mayor vio nada. Pero el tercero observó seis caballos que se encaminaban hacia la casa tirando de una carroza de cristal.

–Una carroza de seis caballos se dirige hacia aquí –dijo Betony.

–¡Ah! –exclamó la bruja–. Viene a por ti.

Uno de los cocheros desmontó, abrió la puerta de cristal a la hija mayor y se alejaron de allí al galope.

Poco tiempo después, la segunda hija, cuyo nombre era Bracken, quiso seguir los pasos de su hermana mayor.

–¡Madre! –dijo–. Prepárame un pastel de cebada y un trozo de jamón. Bajaré hasta el valle. ¿Quién sabe a quién encontraré? ¿Quién sabe adonde iré?

Como había hecho su hermana, Bracken llamó a la casa de la bruja. Se asomó por la puerta trasera y, el tercer día, vio cuatro caballos que tiraban de una carroza de plata y se encaminaban hacia la casa.

–Una carroza de cuatro caballos se dirige hacia aquí –dijo Bracken.

–¡Ah! –exclamó la bruja–. Viene a por ti.

El cochero desmontó, abrió la puerta de plata a la hija segunda y se alejaron de allí al galope.

–¡Madre! –dijo la hija menor, cuyo nombre era Flora–. Prepárame un pastel de cebada y un trozo de jamón. Bajaré hasta el valle.

–¿También tú? –preguntó la madre.

–¿Quién sabe a quién encontraré? –respondió Flora–. ¿Quién sabe adonde iré?

Flora dejó a su madre y bajó la montaña, atravesó el bosque y llegó hasta la casa de la bruja.

–Ve y mira por la puerta trasera –dijo la bruja–. Verás lo que puedes ver.

–¡Nada! –dijo Flora–. Nada en el camino.

Tampoco el segundo día la hija menor pudo ver nada. Pero el tercero observó un gigantesco toro negro que mugía y escarbaba la tierra mientras caminaba hacia la casa.

–Un toro negro se dirige hacia aquí –dijo Flora–, y es muy grande.

–¡Ah! –dijo la bruja–. Viene a por ti.

–¡A por mí! –exclamó la muchacha; y sus ojos se llenaron de lágrimas.

El toro esperó fuera de la casa; la bruja ayudó a la hija menor a montar sobre su lomo y se fueron lejos de allí.

El toro negro era una bestia horrible y enorme. Sus hombros eran anchos, sus ojos estaban inyectados en sangre y su pelo era tosco y enmarañado.

–Agárrate a mis cuernos, Flora –dijo el toro.

Flora se inclinó hacia adelante y asió los cuernos del toro. Inmediatamente después, el toro se dirigió, trotando, hacia las lomas. Saltó por encima de un arroyo; subió pedregosas laderas golpeando cantos que rodaban y se estrellaban, tras ellos, al pie de la montaña.

Al cabo de un rato, el miedo de Flora dejó paso a la curiosidad. El toro negro viajaba rápidamente internándola en una remota región rocosa. Hora tras hora siguió trotando sin aflojar la marcha.

–Tengo hambre –dijo Flora.

–Hay comida en mi oreja derecha –contestó el toro negro.

–Y tengo sed –dijo Flora.

–Hay bebida en mi oreja izquierda. Come y bebe cuanto quieras.

De esta forma, Flora comió y bebió, sintiéndose maravillosamente reconfortada.

Llegaba la noche y una niebla fría y húmeda comenzaba a levantarse a su alrededor, cuando Flora divisó un cas-

tillo que parecía brotar de la misma roca. Estaba lleno de murallas, almenas y saeteras.

–Descansaremos aquí esta noche –dijo el toro–. Mi hermano mayor vive aquí.

–¿Quién eres tú, entonces? –preguntó Flora.

Pero el toro no contestó y galopó hacia el patio del castillo.

Varios sirvientes ayudaron a Flora a descender del lomo del toro y la acompañaron al interior; luego, condujeron al toro hacia unos pastos rodeados de serbales y perfumados pinos.

Flora comió y durmió bien. Por la mañana, un sirviente la condujo a una habitación luminosa. Ante una gran mesa de castaño había un hombre sentado.

–Sé bienvenida –dijo el hombre.

Flora vio que sostenía en sus manos la más maravillosa de las manzanas. Brillaba como encendida por su propia luz interior.

–Esta manzana es para ti –dijo el hombre–. No deberás cortarla ni abrirla hasta que no tengas verdadera necesidad de hacerlo.

A continuación, los sirvientes del castillo ayudaron a Flora a montar sobre el lomo del toro. Y se alejaron de allí. Al llegar la noche, tras haber viajado muchas muchas millas, llegaron a un castillo engalanado con numerosas banderas ondeantes. Había banderas a su alrededor, banderas en el torreón y banderas pendiendo de casi todas las ventanas.

–Pasaremos la noche en este lugar –dijo el toro–. Mi segundo hermano vive aquí.

–¿Quién eres tú, entonces? –dijo Flora.

Pero el toro no replicó y galopó hacia el patio del castillo.

Varios sirvientes ayudaron a Flora a descender del lomo del toro y condujeron a éste hacia unos pastos para pasar la noche. Por la mañana, un sirviente acompañó a

Flora a una habitación adornada con centelleantes tapi- ces. Un hombre sentado presidía una larga mesa y Flora vio que sostenía en su mano una pera maravillosa.

–Sé bienvenida –dijo el hombre–. Esta pera es para ti. No deberás cortarla ni abrirla hasta que no tengas verdadera necesidad de hacerlo.

Una vez más, los sirvientes del castillo ayudaron a Flora a subir sobre el lomo del toro. Y se alejaron de allí. Viajaron muchas muchas millas. Cruzaron una comarca escarpada y pedregosa. Flora nunca había visto antes un lugar tan desolado. El toro continuó avanzando muy deprisa, y al llegar la noche alcanzaron un tercer castillo. Éste estaba enteramente revestido de madera pintada y decorada.

–Pasaremos ahí la noche –dijo el toro–. Mi hermano más pequeño vive aquí.

–¿Quién eres tú, entonces? –preguntó Flora.

Pero el toro no contestó y galopó hacia el patio del castillo.

Varios sirvientes ayudaron a Flora a descender del lomo del toro, y condujeron a éste hacia un prado para pasar la noche. Por la mañana, un sirviente condujo a Flora al interior de una habitación cuyas paredes eran espejos. Había un hombre sentado ante una mesa, y Flora vio que sostenía una maravillosa ciruela entre sus manos.

–Sé bienvenida –dijo el hombre–. Ésta ciruela es para ti. No deberás cortarla ni abrirla hasta que no tengas verdadera necesidad de hacerlo.

Una vez más, los sirvientes del castillo ayudaron a Flora a subir sobre el lomo del toro. Y se alejaron de allí hasta llegar a un valle oscuro y sombrío. A ambos lados de un riachuelo de fuerte corriente se levantaban encumbradas rocas que tapaban el sol, excepto al mediodía. El riachuelo estaba lleno de cantos rodados.

–Éste es el lugar –dijo el toro negro–. Bájate de mi lomo.

Flora desmontó y contempló al toro negro, sus anchos hombros, sus ojos inyectados en sangre y su pelo tosco y enmarañado.

–Debes esperar aquí –dijo el toro–, mientras yo voy a luchar con el diablo. Debes sentarte en esa roca.

Flora miró una roca con forma de plato que emergía del agua.

–¡Siéntate en esa roca y no muevas ni una mano ni un pie hasta que yo vuelva! Si te mueves, aunque sólo sea una vez, no podré encontrarte nunca más. Si todo a tu alrededor se vuelve azul, habré vencido al diablo –explicó el toro–. Pero si todo se vuelve rojo en torno a ti, él me habrá vencido a mí.

Flora se sentó en la roca con forma de plato. Miró fijamente el agua; pensó en su madre y sus hermanas, tan lejos de allí, y meditó sobre su compañero de viaje...

Poco después, todo comenzó a teñirse de azul alrededor de Flora. Las altas crestas de las rocas se volvieron de color índigo y las rocas del riachuelo tomaron el azul de la pizarra; el agua plateada se tornó aguamarina y las nubes se alejaron por encima de su cabeza.

Flora suspiró de placer. Quería gritar y bailar. Levantó el pie izquierdo y lo cruzó sobre el derecho.

Cuando el toro negro regresó al valle oscuro no pudo encontrar a Flora. Ella le oyó y le llamó una y otra vez. Pero él no podía verla ni oírla.

Finalmente, Flora se levantó. Sin saber adonde iba, caminó valle arriba. De cuando en cuando podía distinguir un brillante pico muy lejos de allí y, a medida que se iba acercando, se dio cuenta de que estaba hecho enteramente de cristal.

«Si pudiera escalar esta montaña –se dijo Flora–, vería cómo es el terreno de alrededor. Necesito comida y refugio. Si no logro escalar esta montaña, nunca podré encontrar el camino de casa».

Pero Flora no pudo escalar la montaña. Apenas conseguía dar unos pocos pasos sobre la inclinada ladera, cuando se escurría hacia abajo de nuevo.

Flora comenzó a llorar. Luego, se puso a caminar. Aquella noche, en la linde de un pinar, encontró una cabaña. Era poco más que un pesebre, y al principio pensó que estaba abandonada. Pero entonces apareció un anciano que se acercó cojeando hacia ella.

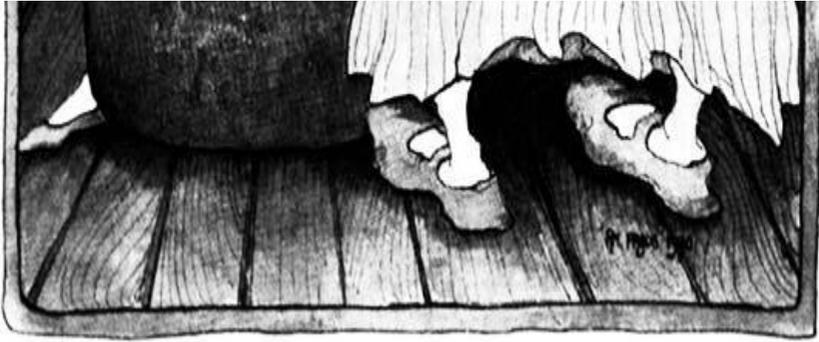
El hombre comprendió que Flora estaba tan cansada que apenas si podía hablar, comer o beber. Le dio una taza de caldo y no le hizo preguntas.

—Puedes dormir aquí —le dijo, señalando un trozo de sucia arpillera.

Flora durmió y, por la mañana, después de descubrir que el hombre era un herrero, le pidió ayuda.

—Si no consigo escalar la montaña de cristal —explicó—, no encontraré nunca el camino de casa.





–Te ayudaré si tú me ayudas a mí –dijo el anciano–. Si trabajas para mí durante siete años, te haré un par de zapatos de hierro, y con ellos podrás escalar la montaña.

Pasados siete años, Flora ganó sus zapatos de hierro y escaló la montaña de cristal. Vio a su alrededor gran número de picos y glaciares, altos pastizales, bosques y valles. Todo el campo estaba a sus pies. Miró y remiró a su alrededor, hasta que finalmente tomó el camino de su casa.

Anduvo durante ocho días. El noveno llegó a las laderas de su propia montaña y se detuvo en la casa de la bruja.

–¡Ah! ¡De manera que has vuelto! –dijo la bruja–. Y quizás justo a tiempo. Un joven caballero y sus dos compañeros de caza se hospedan aquí durante varios días. El caballero me ha dado estas camisas manchadas de sangre para lavar. «Y quienquiera que pueda lavarlas, ha dicho, quienquiera que lave estas camisas hasta dejarlas limpias, será mi mujer».

–¿Y tú no puedes lavarlas? –preguntó Flora.

–No puedo –respondió la mujer–. Y mi hija tampoco.

–Entonces, ¿cómo podría hacerlo yo?

–Puedo leer las cosas que sucederán –dijo la bruja–. ¡Intenta lavarlas!

Y, de esta forma, Flora calentó un cubo de agua en el fuego y lavó las camisas. Una a una, las manchas desaparecieron.

–Las camisas han quedado inmaculadas –dijo la bruja.

–Entonces, el caballero y yo nos casaremos –dijo Flora.

Pero Flora estaba tan cansada después de tantas aventuras que, mientras esperaba la llegada del joven caballero, que debía volver aquella noche, se quedó dormida. La bruja dio la bienvenida al caballero, le contó que su propia hija había lavado las camisas y el caballero consintió en casarse con ella.